

Carta a Marguerite el 22 de agosto de 1915

[...] «No te preocupes por el valor de tu vida, sus anomalías, sus decepciones, su futuro más o menos oscuro. Y sombrío. Haz lo que Dios quiere. Le ofreces, en medio de tus preocupaciones e insatisfacciones, el sacrificio de un alma humillada, que se inclina, a pesar de todo, ante una Providencia austera. Te privas incluso de la alegría de sentir que te resignas, que aceptas, que amas, y sin embargo quieres resignarte, mostrarte fiel. No temas: todo este trabajo cuenta a tu favor y llena magníficamente tus horas. No importa que otros hagan más bien que tú, y a menor coste: lo esencial no es hacer el bien, sino ocupar el lugar, por inferior que sea, querido por Dios. No importa que, en lo más profundo de tu ser, sientas como una carga natural, la tendencia a encerrarte en tu tristeza y en tus carencias: tenemos muchas otras cargas "naturales" dentro de nosotros, las que nos incitan al placer, al egoísmo y al menor esfuerzo; pero, ¿no está la verdad en liberarnos de ellas, a pesar de la actitud forzada que nos impone esta tentación? No importa si, humanamente hablando, te encuentras fracasada, si Dios te encuentra lograda, a Su gusto. Sé que es este último punto el que no aceptas. No quieres admitir que el sufrimiento te santifica. Cree humildemente lo que te dicen las promesas de Nuestro Señor, el ejemplo de los Santos y las declaraciones de los que te hablan en nombre de Dios. Poco a poco, Nuestro Señor te tomará para Sí.

[...] Te lo ruego: cuando te sientas triste, paralizada, adora y confíate. Adora, ofreciendo a Dios tu existencia, que te parece ahora dañada por las circunstancias. ¿Qué tributo más bello que el de esta renuncia amorosa a aquello que podría haber sido? Confíate, piérdete ciegamente en la confianza en Nuestro Señor, que quiere hacerte digna de él, y lo conseguirá, aunque tú permanezcas en la oscuridad hasta el final, siempre y cuando tú tengas siempre su mano, tanto más apretada, cuanto más decepcionada y entristecida te encuentres. Deja a un lado todas las preocupaciones exageradas de una estética interior, todo análisis inquietante de tu más o menos real sinceridad y unificación moral. Arrastraremos hasta el final con nosotros incoherencias y lagunas. Lo esencial es haber encontrado el centro de unificación, Dios, y haber intentado lealmente durante la vida hacerle reinar en nuestra persona –ese pequeño fragmento de ser que nosotros regimos y que es tan poca cosa–. Cuando un buen día, que vendrá rápido (no hay una vida larga), Jesucristo manifieste a nuestro corazón todos los elementos que nosotros hayamos trabajado tan laboriosamente para orientarlos hacia Él, se terminarán de agrupar ellos solos en su verdadera situación. En cierto sentido, el éxito de nuestro esfuerzo cuenta poco (Dios puede corregirlo todo en un instante); son los esfuerzos los que han de tener el premio»

(A. Udías, *La presencia de Cristo en el Mundo - Las oraciones de Pierre Teilhard de Chardin*. Sal Terrae, 2017, 17-18)